

tivo para apelar á la generosidad del emperador, no contaba más que consigo mismo para reunir una fortuna, que era una necesidad á sus ojos. La liquidación de los bienes que dejó reveló el secreto de sus triunfos y de sus trabajos; fué larga y laboriosa; y si resultaba un activo considerable, el pasivo lo era también.»

En resumen, el Sr. de Morny, hijo de una reina é hijo de sus obras, artesano de su propia fortuna, y habiendo encontrado medio de aprovecharse de su nacimiento, de su talento, de su valor y de su carácter resuelto, fué un tipo del hombre de Estado aristocrático y moderno, que recuerda á la vez los grandes señores del antiguo régimen y los héroes de Balzac. Pidiendo á la vida todo cuanto puede tener de brillante y de agradable, buscaba el dinero, mas para gastarle con prodigalidad y con fausto. Tan inteligente en pintura como los más prácticos y poseedor de una magnífica galería de cuadros, todos escogidos y comprados por él; muy aficionado á las carreras, hábil en todos los *sports*; amante de las letras, de las artes, del periodismo, de los negocios y de la política; autor de algunas graciosas piezas escritas en sus momentos de ocio; iniciado en los secretos de todos los bastidores, de los del teatro y los de la bolsa; hombre de salón, socio de *club*, *diletante*, especulador, industrial y hombre de Estado, sabiendo tan bien vivir como obrar, se mezcló en todo, y en todo tuvo buen éxito. Entregado á una vida agitada y febril, ocultaba pasiones ardientes bajo una calma de buen trato y una serenidad inalterable. Seductor en política como en amor, y tan tranquilo en su sillón de presidente del Cuerpo legislativo como en el salón de una gran dama, dirigiendo con tanto talento una alocución á los diputados como un cumplido á una hermosa mujer, debía ser hasta su muerte y en todas las cosas un hombre de fortuna y á la moda. Su suerte le concedió como último favor la gracia de que no viera más que la buena época de un régimen cuyos desastres y caída habría evitado tal vez si hubiese podido vivir algunos años más.

Acabamos de echar una ojeada sobre el hombre; hablemos ahora del embajador.

LIX

LA EMBAJADA EN SAN PETERSBURGO

En su marcha á San Petersburgo, el conde de Morny se detuvo en el camino, en Wildbad, para ofrecer sus respetos á la emperatriz viuda, Alejandra Feodorovna (antes princesa Carlota de Prusia), hermana del rey Federico Guillermo IV y del príncipe de Prusia (el futuro emperador Guillermo), viuda del tsar Nicolás I y madre del tsar Alejandro II. Sumida en profunda tristeza, la emperatriz viuda, que creía que los pesares causados por la guerra de Crimea habían sido una de las causas de la muerte de su esposo, no podía ver con mucho gusto al enviado de Napoleón III, y le hizo una acogida muy cortés, pero algo fría.

Aunque felicitándose de su recepción en Wildbad, M. de Morny no pudo menos de experimentar cierta impresión de desconfianza y de incredulidad. Por algunas palabras sorprendidas al acaso ó pronunciadas por personas extrañas, parecióle en un principio que las buenas relaciones con la Francia imperial eran una especie de convención, una consigna de la cual no debía uno fiarse del todo; que las afinidades alemanas seguían siendo en el fondo tan sólidas como en el pasado, y que con tal que el gobierno francés diera el menor pretexto, no se tardaría en reanudar en Rusia todos los hilos de la antigua política hostil á Francia. «He podido reconocer al atravesar por Alemania, escribió al conde Walewski, que si no somos amados por un ruso, somos cordialmente aborrecidos por un ruso injerto en alemán.» Esta primera impresión del embajador se desvaneció apenas hubo tomado posesión de su destino.

El conde de Morny llegó á San Petersburgo en la noche del 5 de agosto de 1856 y se alojó en el hotel Worensoff Daschkoff, alquilado por él hacía algunos meses. Su fausto, su lujo, sus carruajes, su galería de cuadros, que había llevado consigo de París, llamaron desde luego la atención de la alta sociedad y del pueblo, y desde el principio le favoreció una feliz circunstancia. El príncipe Esterhazy, embajador de Austria, le había precedido cuarenta y ocho horas en San Petersburgo, y por lo tanto debía obtener audiencia antes que él; mas el príncipe echó de ver, en el momento de pedirla, que había dejado en Viena sus credenciales; de modo que el embajador de Francia fué recibido primero, llegando á ser así el decano del cuerpo diplomático. Este ligero percance del representante del emperador Francisco José divirtió á la sociedad rusa, muy mal dispuesta entonces respecto al Austria.

En Wildbad el conde de Morny había encontrado una antigua corte, impresionada aún por recuerdos dolorosos y respetables; en San Petersburgo se halló ante una situación muy distinta: hombres nuevos y política nueva. El príncipe Gortchakoff, ministro de Negocios extranjeros, le hizo la más cordial acogida: proclamaba en alta voz sus gustos y sus aversiones, declarando que siempre había sido favorable á las buenas relaciones con Francia, y profesaba á Napoleón III tanta admiración como simpatía personal. También conservaba, añadía, sincero agradecimiento por la benevolencia con que en otra época le había tratado la reina Hortensia; y afirmaba con mucha claridad que, muy independiente por su posición y carácter, no había consentido en aceptar la cartera de Negocios extranjeros sino porque las miras del emperador Alejandro II estaban completamente de acuerdo con las suyas.

Nacido el 17 de abril de 1818, el tsar se había casado el 16 de abril de 1840 con una princesa de Hesse, que tomó en Rusia el nombre de María Alexandrovna. Había sucedido á su padre el emperador Nicolás en 1855, señalándose desde su advenimiento por sus intenciones conciliadoras. Intratable é inflexible, Nicolás, con la energía indomable y la tenacidad extraordinaria que eran el fondo de su naturaleza autoritaria é imperiosa, no hubiera hecho sin duda las concesiones á que su sucesor accedió; y si la muerte no le hubiese arrancado de la lucha que proseguía con inquebrantable tenacidad, habría resistido indefinidamente á las cuatro potencias aliadas, aunque hubiesen tenido el concurso de Austria. Alejandro II adoptó otra política: deseoso de cicatrizar las heridas de la guerra, y pensando ya en las reformas humanitarias y civilizadoras que han sido la gloria de su reinado, fué amigo de la paz y deseó muy seriamente la buena inteligencia con Francia.

El conde de Morny obtuvo su audiencia el 7 de agosto en el castillo de Peterhof. El tsar le salió al encuentro, y ofreciéndole la mano con graciosa benevolencia, le dijo: «Me regocijo de veros aquí, porque vuestra presencia señala el término de una situación felizmente concluída, que no debe renovarse más. Estoy muy agradecido al emperador Napoleón y no olvidaré nunca la benévola influencia que ejerció respecto á nosotros en el conjunto de las negociaciones. El conde Orloff me ha dicho también cuánto tuvo que elogiar la conducta del conde Walewski, y os ruego que le deis las gracias.»

El soberano ruso añadió: «El emperador tiene un amigo muy entusiasta en el conde Orloff, que ha regresado de París completamente prendado de él. Por lo demás, no podría expresar hasta qué punto me conmueven las bondades que el emperador y la emperatriz manifiestan á todos los oficiales que he enviado á París. Mi hermano, el gran duque Miguel, acaba de escribirme desde Wildbad que está encantado de una carta acompañada de un pequeño modelo de cañón de á 12, que el emperador le ha remitido por conducto de M. Favé. No podría repetiros lo bastante cuánto me complacen todas esas muestras de buena inteligencia, y si la guerra ha tenido algo de bueno es el haber demos-

trado hasta qué punto las dos naciones simpatizan y se aprecian mutuamente.»

El embajador contestó que el emperador Napoleón era del mismo parecer que el emperador Alejandro, y que si había elegido, para agregarlos á la embajada extraordinaria, militares que habían estado en Crimea, era porque éstos podían apreciar el valor tenaz del ejército ruso. Napoleón III creía que esta elección era prueba de la más sincera cortesía.

Alejandro II contestó: «Así es como yo lo aprecio, y á todos nos complacerá ver aquí á esos oficiales.» S. M. añadió después: «Veo en la elección que de vos se ha hecho, señor conde, para representar cerca de mi persona al emperador Napoleón, una nueva prueba de sus disposiciones respecto á mí. Sé que la posición que ocupáis en Francia no parecía destinaros á una embajada en el extranjero, y por lo mismo aprecio más esta elección. Por lo demás, procedo como el emperador Napoleón, enviándole al conde Kisseleff, que era uno de los más antiguos amigos de mi padre. Hace largo tiempo lo es mío también, y dirige aquí uno de los departamentos más importantes del Imperio. Su edad y sus aficiones, no menos que su posición en Rusia, le dispensaban al parecer de una misión lejana, y para inducirle á marchar no ha sido necesario nada menos que mi deseo de verme representado cerca del emperador Napoleón por un hombre que merece toda mi confianza.»

El tsar insistió después en los términos más amistosos sobre su intención de vivir en buena armonía con Francia y con Napoleón III.

«Esta era en el fondo, dijo, la política y el objeto de mi padre, y he sentido sinceramente la mala inteligencia que sobrevino entre él y el emperador Napoleón. En cuanto á mí, podéis contar, bajo mi palabra de honor, con la lealtad y sinceridad de mis intenciones: si alguna vez, señor conde, se suscitase cualquiera duda en vuestro pensamiento, dirigíos á mí directamente, y me hallaréis siempre dispuesto á oíros y á explicarme francamente con vos.»

Con motivo de la entrega de sus credenciales, el conde de Morny por un favor excepcional fué invitado á pasar los días 7 y 8 de agosto en el castillo de Peterhof con los individuos de su embajada. El 8 era el aniversario del nacimiento de la emperatriz. El gran duque Constantino y la gran duquesa, el gran duque Miguel, la duquesa María de Leuchtenberg, la gran duquesa viuda de Sajonia Weimar, la gran duquesa Catalina y el gran duque de Mecklemburgo Strelitz, presentes en el castillo para la fiesta, tuvieron á bien hacer una excepción en la etiqueta, según la cual el embajador hubiera debido solicitar que estos diversos personajes le recibieran en sus respectivas residencias; pero le autorizaron á presentarles sus respetos en el castillo de Peterhof después de la misa. Por la noche asistió á un baile íntimo ofrecido por SS. MM. II., y aquel mismo día escribió lo siguiente al conde Walewski: «En resumen, y según la naturaleza favorable de las disposiciones que observo, veo aquí una mina que Francia puede explotar. Al gobierno del emperador es á quien toca decidir la ventaja que quiera obtener.» El embajador añadía en un nuevo parte fechado el 15 de agos-

to: «Creo poder confirmaros aún mi primer aserto, cual es que nuestra posición en Rusia es excelente con todo el mundo. No me parece engañarme al hablar así, porque esta es la opinión de todos cuantos se hallan alrededor de nosotros.»

Hasta entonces, la corte de Rusia, favorable á la causa carlista, se había resistido á reconocer en España el gobierno de la reina Isabel; pero en una conversación de salón, el príncipe Gortchakoff dijo al conde de Morny algunas palabras sobre la intención del gabinete de San Petersburgo de reconocer aquel gobierno apenas España se hubiera repuesto un poco de la crisis por que acababa de atravesar. Al hablar de este asunto á M. de Morny, parecía que el príncipe quisiera hacerle ver en dicho reconocimiento un obsequio á la influencia del emperador Napoleón, dando á entender que el emperador Alejandro, á quien la evacuación de Grecia contristaba, siempre se alegraría de ver coincidir aquélla con el envío de un ministro ruso á Madrid.

Por esto dijo el embajador en su informe al conde Walewski: «Los regalitos mantienen amistad, como podéis apreciarlo. Yo no he tratado de rechazar la insinuación del príncipe, pensando que puede ser ventajoso á Francia prestar un servicio á España, impulsando al mismo tiempo al gobierno ruso en una vía opuesta á la que, en este punto, así como en otros muchos, había persistido con obstinación.»

El 15 de agosto el conde de Morny hizo celebrar los días de Napoleón III en la iglesia católica de Santa Catalina con una solemnidad que no había revestido jamás en Rusia hasta entonces. Asistió con todo el personal de su embajada á una misa seguida de un *Te Deum* y de un *Domine, salvum fac Imperatorem*, y la ceremonia fué precedida por el obispo católico de Riga. El embajador se había limitado á poner en conocimiento del cuerpo diplomático que se reservaban asientos para todos los individuos del mismo que quisieran asistir. Los jefes de misión se presentaron de uniforme, con sus secretarios y agregados. En el momento en que iba á salir para la iglesia de Santa Catalina, M. de Morny recibió la visita de un ayudante de campo del tsar, el general Ougaroff, que iba á transmitirle las felicitaciones de S. M. para el emperador de los franceses.

Llegados á la iglesia, el embajador encontró á M. Tolstoy, agregado al ministerio de Negocios extranjeros y especialmente encargado por el emperador Alejandro de representar al soberano en la ceremonia. El general conde Kisseleff se había reunido espontáneamente con M. Tolstoy. La iglesia, brillantemente decorada y servida por numeroso clero, estaba del todo ocupada por una parte de la colonia francesa y un numeroso público ruso. El conde de Morny escribía al conde Walewski el mismo día: «El hermoso aspecto del personal de mi embajada, muy realzado por los uniformes de la misión militar, y si me es permitido decirlo, la buena apariencia de mis coches y de mis libreas han producido en San Petersburgo, á mi modo de ver, una impresión muy marcada, cuyo efecto no puede menos de ser favorable á la consideración que se nos tiene. Por la noche he mandado iluminar la fachada principal de mi hotel que da al muelle del

Neva, á dos pasos del palacio imperial. Estas iluminaciones habían atraído á una numerosa multitud bajo mis ventanas..... Entro en estos detalles porque tienen importancia respecto á nuestra situación en Rusia, y porque el lujo que me rodeaba en la fiesta del emperador corresponde, en mi concepto, dignamente á la posición que en Europa ocupan nuestros soberanos.»

Habiendo entregado el embajador al emperador Alejandro, en nombre de Napoleón III, el gran cordón de la Legión de Honor, el tsar le dijo: «Poned en conocimiento de S. M. I., hasta tanto que se lo manifieste yo mismo, cuánto le agradezco esta atención.» M. de Morny presentó después al emperador y á la emperatriz la misión militar y los agregados que acababan de llegar á la embajada. El 18 de agosto escribía al conde Walewski: «Nuestros oficiales de Crimea han tenido un verdadero éxito, y todos, generales, oficiales y agregados, han sido invitados conmigo, en el mismo día, á comer con el emperador, que ha tenido además para nosotros por la noche las más finas atenciones. Un ayudante de campo del ministro de la Guerra ha sido puesto á mi disposición y á la de los generales para hacernos visitar los establecimientos públicos y militares de San Petersburgo, y el gran duque Constantino me ha enviado á decir que nos esperaba pasado mañana en Cronstadt, donde nos enseñará la fortaleza. En resumen, somos aquí objeto de un favor muy marcado y excepcional, que produce mucho asombro, y casi diría envidia, no tan sólo á los rusos, sino también á los extranjeros.»

El embajador marchó el 22 de agosto para Moscou, donde debía obtener el mismo éxito que en San Petersburgo. La entrada solemne del tsar en la ciudad santa se había fijado para el 29 de agosto y su coronación para el 7 de septiembre.

LA CORONACIÓN DEL TSAR

El emperador Alejandro II hace su entrada solemne en Moscou el 29 de agosto de 1856. La ciudad santa presenta el mismo aparato de fiesta que había presentado cuando la coronación del emperador Nicolás en 1826. Las casas quedan ocultas bajo las guirnaldas, las colgaduras y las banderas; las plazas y calles tienen por adorno columnas gigantescas, y la entrada de las vías que el cortejo debe seguir se indica con arcos de triunfo. Una doble línea de tropas está formada á la derecha por el regimiento de Pawlowski y á la izquierda por el de granaderos, y el cuerpo diplomático ocupará las ventanas del palacio de la princesa Kotchubey. El conde de Morny se presenta en un coche de seis cristales, con adornos dorados, forros de seda blanca y bordados oro y rojo, componiéndose el tiro de seis caballos bayos magníficos. En París, el hijo de la reina Hortensia, retenido por la reserva que Napoleón III le impone, no presume de su origen; pero en Moscou, podía decirse que le anuncia hasta en el blasón que adorna su carroza de gala, pues en el centro de aquél se ve una hortensia, y debajo esta inscripción: *Tace, sed memento* (Calla, pero acuérdate).

Todos los oficiales que forman parte de la embajada — los generales Lebceuf, Frossard, Dumont, el coronel Reille, M. Piquemol, el príncipe de Bauffremont, el conde de Espeuilles, el marqués de Galliffet — cabalgan junto á las portezuelas del coche del conde de Morny. El general Fleury ha dicho sobre este punto en sus Memorias: «He oído criticar con bastante serenidad la pompa militar algo exagerada del embajador. No siendo el conde de Morny ni mariscal ni jefe de ejército, no hubiera debido desplegar tanto lujo de oficiales á su alrededor.... La culpa, por lo demás, no es de Morny, sino del ministro de la Guerra, que no supo guardar la justa medida.» A la carroza del embajador siguen tres coches, donde van los individuos civiles de la embajada; el conde Murat, diputado al Cuerpo legislativo; el vizconde de l'Espine, segundo secretario; el vizconde Simeón; el conde de Lavalette y el duque de Gramont-Caderousse, agregados. La magnificencia de los coches, los brillantes uniformes de los oficiales franceses y la elegante librea blanca, roja y oro de los palafreneros, cocheros y lacayos excitan la admiración de la multitud.

A las dos y media se oye el estampido del cañón, anunciando que se pone en marcha el cortejo que sale de Petrowski, residencia imperial situada fuera de

Moscou. Las campanas de las cuatrocientas ochenta iglesias y monasterios comienzan á tocar, y sus tañidos no cesarán hasta la puesta del sol. El clero de las iglesias que se hallan al paso del cortejo espera al emperador con su pendón á la cabeza y con las santas imágenes. A las cuatro aparecen por la Twerskaia, gran calle que cruza la ciudad desde la puerta de San Petersburgo hasta el Kremlin, los cosacos de la guardia con sus uniformes rojos, sus largas lanzas y sus gorros de piel; también vienen los representantes de la nobleza, todos á caballo, y los diputados de los pueblos asiáticos sometidos á Rusia, luciendo sus brillantes trajes. Detrás se ve una larga fila de coches dorados, cuyos tiros son de ocho ó de seis caballos, y la escolta se compone de los caballeros guardias, los coraceros, los dragones y los húsares.

Sigue luego el emperador á caballo, precediendo en algunos pasos á su Estado mayor. A la puerta de cada iglesia se detiene ante el clero, que le inciensa, y descubriéndose besa la cruz. Al pasar por delante del palacio de la princesa Kotchubey saluda afablemente al cuerpo diplomático. Detrás del emperador avanzan á caballo su hijo, el gran duque heredero; sus hermanos los grandes duques Constantino, Miguel y Nicolás; el príncipe Federico de Prusia, prometido de la princesa real de Inglaterra, y los príncipes Federico de Wurtemberg, Federico de los Países Bajos, Nicolás de Nasau, Federico de Baden y Federico de Hesse. Una larga fila de lacayos vistiendo la gran librea imperial verde y oro, con las águilas bordadas en todas las costuras, precede á las dos emperatrices. La emperatriz madre va en una carroza que data del siglo XVIII, cuyos tableros fueron decorados con pinturas de Boucher, componiéndose el tiro de ocho caballos bayos con caparazón de oro y terciopelo granate, y la emperatriz reinante ocupa una carroza de ocho caballos grises enjaezados con arneses de plata y terciopelo azul. Detrás de ella, en otros tres coches pintados y decorados, se hallan las princesas de la familia imperial, con sus caballerizos á las portezuelas y seguidas de sus pajes. Llegadas al Kremlin, SS. MM. y SS. AA. II. se apean del caballo y del coche para entrar en las iglesias de la Asunción, de la Anunciación y del Arcángel San Miguel, donde besan las santas imágenes que el santo sínodo les presenta, y después van á orar sobre la tumba de los antiguos emperadores.

El 1.º de septiembre Alejandro II pasa revista á todas las tropas reunidas para su coronación.

En la mañana del 5 de septiembre se celebra la procesión de los heraldos de armas, que van á proclamar por la ciudad el advenimiento del emperador al trono. Cubierta la cabeza con un sombrero á lo mosquetero, rojo y oro, con plumas negras, anaranjadas y blancas, revestidos del jubón tejido de oro y llevando su maza en la mano derecha, avanzan precedidos de un escuadrón de caballeros guardias y cuatro maestros de ceremonias. Sus caballos blancos son conducidos de la brida por lacayos con rica librea. En la plaza del Kremlin las trompetas tocan llamada; los asistentes se descubren; los heraldos levantan sus

mazas, y después de la lectura de la proclamación, se arrojan entre la multitud infinidad de ejemplares, que recogidos con una especie de fanatismo, irán á ocupar un sitio entre las santas imágenes en las casas y las *isbas*.

El 7 de septiembre es el gran día, el de la coronación. Por la mañana todas las campanas y las salvas de artillería anuncian al pueblo el principio de la solemnidad. A una señal dada por el cañón del Kremlin, todas las personas que deben tener asiento, ya en las tribunas elevadas alrededor del patio interior del palacio ó ya en el interior de la iglesia, se dirigen á ocupar su puesto á través de una inmensa multitud, parte de la cual espera desde la media noche de la víspera.

Nunca se había visto ceremonia más grandiosa é imponente. Moscou es la ciudad santa, la *santa madre*, de la que toda Rusia habla con respeto filial. Moscou es el corazón de Rusia, y el Kremlin es el corazón de Moscou. La iglesia de la Asunción es el corazón del Kremlin. El santuario no es muy grande; pero cómo resplandece con sus paredes doradas y adornadas de pinturas bizantinas, con su sagrario de extraordinaria magnificencia, con sus sacerdotes revestidos de sus casullas de telas de oro y plata, sobrecargadas de finas perlas y de piedras preciosas! Allí, en aquella iglesia, objeto de la veneración universal, es donde será coronado el emperador Alejandro II.

La emperatriz madre se presenta la primera: un magnífico dosel la espera al pie de la escalera roja, y el metropolitano la recibe en el atrio, presentándole la cruz y el agua bendita. Entra en el santuario y toma asiento en uno de los tres tronos que hay en el estrado, puesto en el centro.

Llegan luego el tsar y la tsarina, que avanzan procesionalmente bajo un palio de terciopelo carmesí bordado de oro y sobrepuesto de penachos blancos, llevado por treinta y dos oficiales superiores. Después de prosternarse delante de las santas imágenes, SS. MM. toman asiento en dos tronos de altura igual, que dominan toda la asamblea, y después comienza la ceremonia de la coronación. El tsar se reviste del manto imperial con la cadena de diamantes de la orden de San Andrés; el metropolitano hace la señal de la cruz, impone las manos recitando una oración, y presenta sobre un cojín la corona de diamantes sobrepuesta de los más hermosos rubíes que existen. El monarca toma la corona y se la ciñe él mismo; después coge con la mano derecha el cetro y con la otra el globo en que brilla la cruz; luego se sienta en su trono, deposita el cetro y el globo, y llama á la tsarina, que se arrodilla delante de él. Entonces vuelve á tomar la corona, toca con ella la frente de la emperatriz y la coloca de nuevo en su cabeza. Por último, pone una corona más pequeña sobre la frente de la soberana y la reviste del manto y de la cadena de San Andrés, en cuyo momento tocan todas las campanas y dispáranse ciento un cañonazos.

El tsar, coronado, revestido del manto imperial, con el cetro y el globo en las manos, baja de su trono, y mientras que todos están de pie, se prosterna y ora en alta voz por su pueblo. Después se levanta; todos los asistentes se arro-

dillan, y el coro entona el *Te Deum*. Terminado este canto, el metropolitano toma la copa de Constantino, que contiene el santo óleo, y humedece un ramo de oro, con el cual unge al emperador en la frente, en los ojos, en la nariz, en la boca, en las orejas, en el pecho y en las manos: ciento un cañonazos y el toque de todas las campanas anuncian la santa unción. El emperador penetra después en el interior del sagrario, donde solamente el sacerdote tiene derecho para entrar, y después de prosternarse tres veces, recibe la comunión bajo las dos especies, según el rito observado por los sacerdotes, mientras que la emperatriz la recibe á la puerta del sagrario, bajo la misma forma que los fieles.

Antes de entrar en palacio, el tsar y la tsarina, con el traje de la consagración y bajo palio, van á visitar las dos iglesias que, como la de la Asunción, forman parte del Kremlin: la iglesia del Arcángel San Miguel, donde se hallan las tumbas de los antiguos emperadores, y la de la Anunciación. Luego dejan el palio, terminada esta visita, y suben los peldaños de la escalera roja, llegan á lo alto de ella, y el soberano, teniendo á su izquierda á la tsarina, se vuelve y saluda tres veces á la multitud entusiasmada.

Los embajadores fueron invitados á un almuerzo que se les había preparado en las habitaciones del antiguo Kremlin, y reuniéronse de nuevo á fin de asistir, según costumbre, á la comida del emperador. En el centro de la sala en que debía celebrarse el banquete elevábase un pilar adornado de antiguas copas y de objetos de orfebrería, que databan de las más remotas épocas. En un estrado cubierto de terciopelo rojo se había dispuesto una mesa con tres cubiertos para el emperador y las dos emperatrices, y á pocos pasos de la mesa imperial tomaron asiento á otra, que daba vuelta á la sala, los metropolitanos de Moscou, de San Petersburgo, de Kiew y de Novogorod, así como los individuos del clero que habían asistido á la ceremonia de la coronación. Pocos instantes después de su llegada, el emperador tomó un vaso y acercóle á sus labios; esta era para los embajadores la señal de marcha, y al punto se retiraron.

Por la noche el aspecto de la ciudad era fantástico. La calle de la Twerskaïa, la plaza del Gran Teatro y el palacio del embajador de Francia resplandecían de luz, y el Kremlin, iluminado, parecía un palacio mágico. Los fuegos multicolores flanqueaban los altos muros almenados, alcanzando hasta las cimas de las innumerables torres; mientras que el gigante de los campanarios, el de Ivan Véliky, dominando las radiantes cúpulas, lanzaba por todas partes brillantes cohetes. La multitud, agrupada en los muelles del Moscowa, entregábase á transportes de alborozo. Por la noche el emperador salió en berlina para recorrer la ciudad, saludado en todas partes á su paso por aclamaciones casi delirantes. ¡Oh, qué magnífica y alegremente comenzaba aquel reinado, que debía terminar de una manera tan trágica!